

popularizado en el mundo la fórmula de la "noticia china".

No es necesario especificar que el ejercicio así ampliado hacía sudar la gota gorda a los deportistas. Las constantes carreras de un tablero al otro, lanzándose la bola, eran inhumanas. Sin reparar en gastos, Gota había contratado como asesor a Gravedad, que había ido a la China a esperar al Papa, con el que contraería enlace: la noticia del siglo. Los diarios habían titulado en sus primeras planas con la exclamación de Gravedad, el Playboy Universal, al despedirse del Sumo Pontífice después de su primera noche de amor: "¡Nos vemos en el Báltico!" Empezaron a construir un cerco de mármol rojo para aislar ese mar nórdico; una de las alas de esta pared se uniría a la Gran Muralla, con un choque estruendoso.

Gota llevó las cosas tan lejos que la noche antes del partido sacó de la cama a los cinco gigantes rituales y los llevó clandestinamente a hacer una última práctica a la luz de la luna. Fueron en camión hasta los confines de Mongolia. Se detuvieron en un desierto plateado, bajaron y miraron a su alrededor. Sobre el horizonte se alzaba un tablero, a cuarenta metros de alto. Enfrente, sobre el horizonte opuesto, otro, a medias oculto por la curvatura del planeta. Llegó, estruendosa, una moto que los había venido siguiendo. Fijaron la mirada en el motociclista, que echaba pie a tierra y se sacaba el casco. Era Gravedad. Los cinco chinos altos, que sólo lo conocían por televisión, estaban boquiabiertos. Como suele suceder con las celebridades mediáticas, uno no termina de convencerse de su existencia real. El señor Gota floró por el aire hasta la moto, y entre los dos desataron las correas que sostenían detrás del asiento un gran cofre, con el escudo del Vaticano tallado en la tapa. Dentro del cofre había una cabeza de foca de oro, que pesaba cincuenta kilos. Con ella debían hacer

la última práctica, llevando sus fuerzas al límite y recibiendo a cambio sus prestigiosos poderes.

"Pases largos", ordenó Gota. Empezaron. Se doblaban abrumados por el peso, cuando la recibían trastabillaban hacia atrás, las venas se les hinchaban, hacían muecas de dolor. Gota se desgañaba pidiendo más velocidad, más precisión. Y a Gravedad, que contemplaba a su lado con un gesto de preocupación, le dijo: "Dos o tres gotas de altura no podrán con el salvajismo". El sudor que caía de los jugadores retumbaba en toda la Mongolia.

La cabeza de foca se calentó con el movimiento y el manoseo, el oro empezó a brillar, a los sesos de la foca se le derretía la grasa, les corría entre los dedos a los chinos y el gran proyectil se hacía resbaloso, aumentando la dificultad.

Al fin el conjunto se elevó, en una especie de cono cuyo vértice era la cabeza de foca, chorreando grasa y más brillante que la luna, y abajo, estirados como filacterias, los cinco basquetbolistas. Fueron tomando velocidad, rumbo al cielo negro, sin estrellas. Atrás, irresistiblemente atraído, se remontó Gravedad; y atrás de él, la moto. Gota los vio disminuir en lo alto, hasta que desaparecieron. Lo único que se le ocurrió pensar fue que la boda tendría que suspenderse una vez más.

Después le reprocharon la extravagancia e inoportunidad de esa ejercitación. Él mismo se preguntó por un instante si no habría exagerado.

Pero se imponía una indiferencia superior. Todo se neutralizaba en el juego propio del realismo. La invención misma, a las que las gotas en su dispersión se entregaban con frenesí, actuaba retroactivamente sobre el realismo. Se diría que en cada uno de sus avatares se las estaba